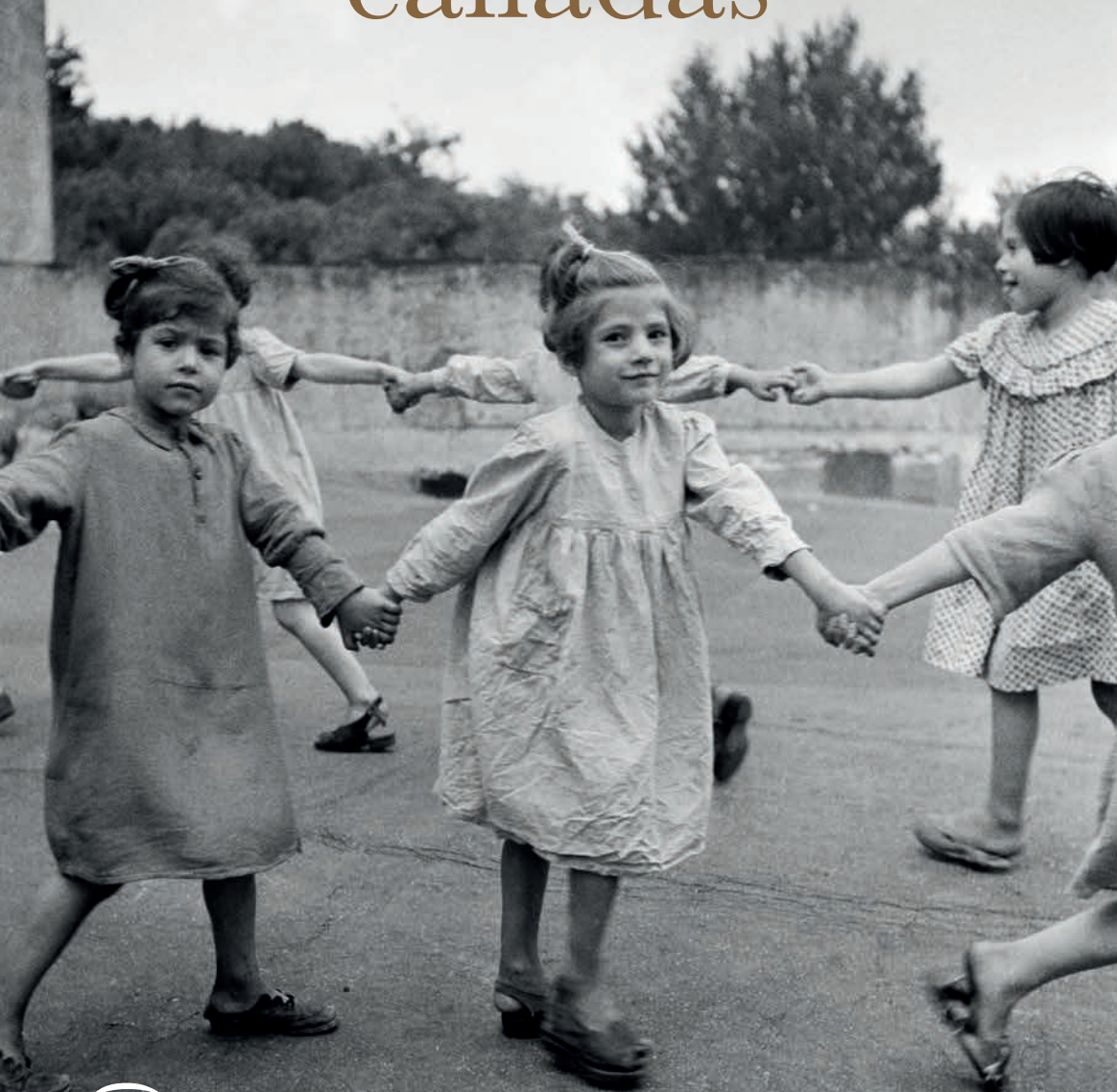


Mireia García Contreras

Las palabras calladas



MIREIA GARCÍA CONTRERAS
LAS PALABRAS CALLADAS



© Mireya Eulalia García Contreras, 2024

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 467-2024

ISBN: 978-84-670-7197-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*



Portbou, febrero de 1939

La primera vez que Rafael vio la bahía de Portbou tenía veintiún años, nueve dedos en las manos y muy pocas ganas de seguir viviendo. Aquel mar se le antojó como una enorme extensión gangrenada pudriéndose entre las montañas, la tierra firme y el cielo ensangrentado del atardecer. En los meses que siguieron, internado en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer y con el mar convertido en otra alambrada, Rafael pudo comprobar que aquel color morado aparecía solo en invierno, y solo antes del crepúsculo, que a otras horas —que en otras estaciones— el mar podía ser azul como el manto de la Virgen de su pueblo, negro como un tizón o verde como una charca. Pero aquel cuatro de febrero de 1939 en Portbou, el mar solo alcanzó a recordarle los miembros que había visto amputar en los tres últimos años de guerra.

Presionó el muñón de su dedo perdido, que palpitaba como si por ahí se le fuera a escapar el cora-

zón. Se lo acercó a la nariz, olía a hierro, a sangre, a pólvora; olía a la tierra de los caminos que se había quedado prendida en el pedazo de camisa que hacía las veces de venda. Ya no podría volver a señalar con el dedo índice de la mano izquierda; y se preguntó si se habría podrido ya en aquella trinchera junto a los cuerpos de los que, durante toda aquella pasmosa guerra, habían sido sus compañeros.

El dedo se lo había llevado por delante una bomba extraviada, arrojada a desmano sobre unas trincheras ya abandonadas donde solo quedaban Rafael y sus tres camaradas. El que la había lanzado ni siquiera acertó a darles, y la bomba, caída en campo abierto, a cien metros de su trinchera, les salpicó con su espurreo de metralla como si hubiera sido la cagada de un pájaro enorme. Al pobre Jaume, un maestro enclenque que sabía mucho de Marx, pero que en tres años de guerra no había sido capaz de aprender a apuntar, le arrancó media cara; al fanfarrón de Leo —un bobo al que Rafael había llegado a querer y a detestar a un tiempo—, la misma bomba le cercenó el pito, y no hacía más que gritar que tenía que recuperarlo porque estaba recién casado, y se retorció por el suelo de la trinchera, desangrándose, buscando un pito que ya no estaba porque la metralla lo había convertido en papilla, igual que a su pierna izquierda. Pero Leo siguió gritando la misma idiotez una y otra vez: que su Natalia lo dejaría si regresaba a casa sin pito, y lo rebuscaba entre la carne

fresca y recién deshuesada. No tuvo tiempo de encontrarlo porque el sargento Lombardo, que se le había acercado por detrás, le disparó un tiro en la sien.

—Esta guerra ya se ha acabado, largo, vete —le gritó entonces Lombardo—. Ve a follarte a la mujer de este pobre infeliz, si es que no se la ha follado ya medio batallón de los nacionales.

Sus amigos muertos, el sargento enloquecido, y él, en aquel momento, solo alcanzó a pensar en lo ridículo que lucía el bigote del Lombardo con aquel pegote amarillento, del mismo color y de la misma textura de la masa que resbalaba por la cara de Leo.

—¡Que te vayas, coño!, ¿o quieres tú también un tiro de gracia? ¡Me queda una bala! ¡Aún me queda una bala! —gritaba el sargento dibujando círculos en el aire con su pistola cargada.

De un salto, escapó de aquella trinchera que, de tan mal cavada, no parecía más que uno de los surcos que hacía su padre para las tomateras. El humo de la bomba a ras de suelo. Un disparo: el sargento le acababa de dar menester a su última bala. Rafael, que había tropezado, yacía de bruces en el suelo, a pocos metros de la trinchera, revolcándose en el barro como los cochinos que tenía su padre antes de la guerra. Logró darse la vuelta: el cielo estaba sucio, «lloverá barro», pensó, «lloverá mierda», habría dicho su padre, riendo, y su madre le habría dado un golpe en el brazo, mordiéndose el labio para no reír ella

también. Su padre, su madre, los cerdos. Todos muertos. Su dedo: muerto. Entonces se preguntó si su destino sería ir muriendo a pedazos, si el dedo solo había sido lo primero en morir y otras bombas le arrancarían los brazos, las piernas, el pito como a Leo, la cara como a Jaume, y acabaría muriendo muchas veces y a cachos, para no poder dejar ni siquiera un cadáver como Dios manda. Perdió la conciencia.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba cubierto por una capa fina de ceniza que caía desde el cielo. Otra vez las bombas sobre una línea de defensa en la que lo único vivo eran los gusanos. Podía recorrer las trincheras, ir a buscar otro batallón, presentarse voluntario para seguir luchando unas horas, unos días, lo que le quedara a aquella derrota agónica. O podía volver a la trinchera a matarse entero y, con suerte, confiar en que alguien echara tierra sobre sus cuerpos para que se pudrieran allí los cuatro, juntos, como habían estado toda la guerra. Pero que después de haber esquivado tantas balas tuviera que ser él quien apretara el gatillo le pareció cómico, tan cómico como los sesos de Leo chorreando del bigote del sargento, o como el idiota de Leo buscando su pito, y se le escapó una carcajada que resonó como un estallido entre sus costillas. Le había dolido aquella risa a destiempo atraída por la idea de una muerte tan ridícula como había sido la de sus compañeros. La risa mutó en dolor, siempre entre las costillas

que, sin grasa mediante, se agarraban a sus entrañas. Y la risa se convirtió en un llanto seco.

Regresó a la trinchera. Sin mirar a Jaime y su cara destrozada, ni a Leo sin pito ni pierna, le quitó las botas al sargento. Temblaba, sudaba, tenía frío y calor y lloraba. Los dedos de su mano izquierda descoordinados: aún no se habían dado cuenta de que ya solo quedaban cuatro. Y los pies del sargento, al que Rafael le pidió perdón con los dientes apretados por robarle sus botas, estaban tiesos como tablas. También se llevó el zurrón de Leo, ya que sabía que aquel pobre tontorrón, que le había tenido más miedo al hambre que a la propia guerra, se guardaba siempre un mendrugo de pan.

Si tenía que morir, que lo matara otro; a él no le quedaba cuerpo para quitarse de en medio. Así que salió de la trinchera tras calzarse las botas del sargento y dejar, junto a los cuerpos de sus compañeros, las alpargatas agujereadas con las que había tenido que hacer la guerra durante los últimos meses, desde que los de intendencia les dijeron que ya no había más botas de repuesto, y huyó. Caminó durante horas apretando con fuerza el muñón de su dedo para cortar la hemorragia. Buscó refugio en un bosque de encinas y, evitando los caminos, siguió el curso de un arroyo.

En un claro del bosque encontró una casa de piedra con las paredes cubiertas por el verdín de la humedad. Los últimos estertores de aquel maldito día

—maldito como tantos; maldito como los que lo precedieron y como los que, estaba seguro, lo seguirían guerra a través— se colaban entre las ramas de los árboles, y la fachada recibía los destellos bailarines del atardecer, que se le antojaron como chispas de una lumbre.

Junto a la casa había una caseta de perro, pero sin perro, hecha con troncos de madera. Lo primero que Rafael había aprendido en aquella guerra había sido que, si uno le tenía apego a su perro, lo mejor era sacrificarlo antes de que se lo comiera el vecino.

Se acercó a la puerta: estaba cerrada. El frío le pudo al miedo, y la abrió. Olía como cuando el tocino se echaba a perder en la canícula de agosto, como cuando un chiquillo se cagaba encima y la madre no le limpiaba el culo, como cuando los perros meaban los sacos de trigo. Olía a todo eso junto y él —que acumulaba poca vida aún, pero mucha guerra a cuestas— sabía que aquel era el olor de la muerte. La puerta daba a una única estancia: cocina y salón; hogar desbaratado. La humedad, condensada sobre las superficies, confería a los objetos un aspecto resbaladizo. El aire, aunque putrefacto, lucía, sin embargo, blanco, como una nube de polvos de harina congelada. Unas escaleras estrechas llevaban al piso de arriba. Subió. La planta la ocupaba un solo dormitorio con dos camas: una de matrimonio, y otra tan pequeña que solo podía cobijar a un niño chico. Y, junto a la cama de matrimonio, la cuna de un recién

nacido. En aquella habitación, el olor a muerte, que había subido por el hueco de la escalera, se mezclaba con el olor a rastros —los colchones habían sido rajados y briznas de paja tapizaban el suelo—, y a orines: un orinal junto a la cama pequeña, aún con restos de meados; otro orinal junto a la cama de matrimonio, volcado, la paja a su alrededor apelmazada y amarillenta. No había armarios, ni mantas, y las sábanas eran solo jirones. No había vivos y, de los muertos, solo el olor. Se acurrucó en la cama pequeña, se arropó con la paja que allí quedaba, y se quedó dormido.

Despertó al amanecer. Rayos rojizos se filtraban por el único ventanuco de la habitación. Le había vuelto a sangrar el muñón del dedo perdido, el resto de los dedos —nueve todavía, los contó por precaución, por si hubiera perdido alguno más en la trinchera sin darse cuenta— estaban helados y tiesos como garras.

Se incorporó con dificultad. Chinchas como lentejas saltaban en el hueco que su cuerpo había dejado en la paja. Bajó las escaleras. Sangre en el suelo; sangre que la tarde anterior no había visto: seca y tan negra que se le antojó como el petróleo de las lámparas. Deseó que fuera sangre de gallina.

En el exterior de la casa, la luz quebradiza del amanecer pintaba el paisaje de forma suave, sin acabar de dibujar las siluetas. Orinó junto a la caseta del perro. Hacía tanto frío que parte de los orines se

evaporaron antes de tocar el suelo. Se acercó al arroyo para beber agua y lavarse la cara. Se sentó en un tronco y abrió el zurrón de Leo. Se comió el pan duro que encontró junto con las cartas de Natalia, la mujer de su amigo —no más que un cadáver sin pito, en realidad—, que estaban arrugadas y amarillentas, pero aún olían a perfume. Entre dos cartas, una fotografía de Natalia: mirada insolente, cara rolliza y con los labios pintados «de rojo carmesí», decía el cursi de Leo cada vez que les enseñaba aquella fotografía en la que no se distinguían más colores que el blanco, el negro y los grises que, a fuerza de tanto manoseo, se habían vuelto marrones. Guardó de nuevo la fotografía en zurrón con cuidado y le pareció que llevar dos era de idiotas, así que vació el contenido del suyo, que se quedó desperdigado en la hierba: su documentación, las cartas que su padre le escribió hasta que murió, las cartas que su madre le escribió después de la muerte de su padre y hasta que ella también murió, las cartas que su prima le escribió tras la muerte de su madre y hasta que, quizás, a ella también la mataran. Aquello era todo lo que quedaba de su vida porque, al morir su madre, su casa familiar había sido requisada por los falangistas que Rafael imaginaba lo esperaban tiesos y limpios —porque ninguno de aquellos cabronazos se había dejado las uñas de los pies haciendo la guerra— para darle un tiro en la nuca. Así que metió sus pocas cosas en el zu-

rrón de Leo, que era más nuevo y no tenía tanta mugre, y dejó el suyo entre unos matojos.

Dio vuelta a la casa. Recostados contra el muro, junto a un gallinero sin gallinas, dos cadáveres: un hombre joven y un niño. El muro, que probablemente aquel pobre desgraciado había levantado con sus manos, convertido en paredón. Sangre en las piedras, los rostros grises como la ceniza, el niño con la boca abierta, como si hubiera sido sorprendido por sus asesinos mientras cantaba una canción. Recordó la cuna, pero allí no había ningún niño chico, igual que no había perro, igual que no había madre ni gallinas. Poco podía hacer ya Rafael por esos infelices. Su madre habría rezado un padre nuestro y tres avemarías; su padre habría maldecido a ese dios hijo de puta. Él se persignó y se alejó de esa casa.

Caminó hacia el este, harto de terruño, buscando el mar. Sabía que los nacionales avanzaban rápido por las tierras de poniente, pero que Barcelona todavía no había sido tomada. Iría a la ciudad, la gran ciudad que él no conocía y donde, según el bobalicón de Leo, las mujeres fumaban y enseñaban las tiras del sujetador. Iría a Barcelona. Iría a decirle a Natalia que era viuda.

Pero Barcelona había sido tomada. Los aviones habían estado días cagando bombas sin parar en carreteras y caminos, y Rafael ya solo podía huir hacia el norte. A Francia, a la frontera.

Y allí estaba, en Portbou, ese pueblo del que, hasta dos días atrás, no había oído hablar.

Se hizo de noche y empezó a nevar. El mar, antes amoratado, se había vuelto negro y brillaba como el lomo de una cucaracha. La nieve, acelerada por el viento, se le clavaba en la cara como las espigas secas del trigo; y los copos se amontonaban en sus pestañas, empujando sus párpados hacia abajo. A pesar de la oscuridad, aún podía ver desde la bahía la carretera que serpenteaba montaña arriba. Al otro lado —lo sabía él, y parecían saberlo todos los que esperaban en aquel pueblo roto— estaba la frontera. Sabía que muchos habían seguido aquel camino sin querer esperar al amanecer, envalentonados por la fuerza que les daba la palabra que parecía tener el poder de remediarlo todo: Francia. «Francia nos acogerá —decían—, en Francia nos darán asilo».

Pero él, demasiado debilitado tras días de camino, había decidido no continuar hasta el amanecer y pasar la noche en Portbou. El pueblo, destrozado por las bombas, sin apenas vecinos, y con la nieve cayendo al trasluz de la luna, se le antojó un pesebre, uno muy triste y silencioso, sin villancicos. Deambuló por el puerto, acelerando el paso, golpeando el suelo con las botas que días atrás le había robado al cadáver de su sargento, moviendo los brazos, sacudiéndose las manos para recordar que uno de sus dedos ya no estaba allí. La guerra lo había desfigurado todo: las caras, los campanarios de las igle-

sias, los caminos. Hasta sus recuerdos estaban echados a perder por las pesadillas y el miedo, y cuando recordaba no era capaz de discernir qué había sido real y qué fruto de sus ensoñaciones. Pero lo que más lo desconcertaba era que todo había mutado su color. Las noches no eran negras, sino grises; y la nieve, desde que empezó la guerra, ya no era blanca: caía sucia y apelmazada como los pegotes de la harina del salvado.

Fue a la estación, donde alguien le dijo que iban a pasar la noche los que no se habían atrevido a cruzar las montañas a oscuras. Los menos valientes, como él; los más prudentes, como habría sido su padre; los más temerosos de Dios, como habría sido su madre.

La estación enorme, una cubierta de vidrio horadada: las bombas no habían caído en vano. Trenes descabezados en las vías. Todo le pareció pardo y estático bajo esa luz mortecina, como si alguien hubiera fijado el tiempo tomando una fotografía. Los cuerpos, que desbordaban los andenes sin dejar ver el pavimento, formaban una masa de marrones degradados: la mugre había mutado sus cabezas y todos parecían tener el mismo color de pelo, el marrón de la tierra macerada en aceite; los abrigo, llenos de barro, también parecían todos marrones; como las pieles, abrasadas por el frío. Incluso olía a marrón: marrón de estiércol y de tierra removida. También el silencio era denso y marrón, descom-

puesto, sin palabras, solo gemidos e interjecciones sin sentido.

Entre los convoyes parados, en las vías, familias acurrucadas, buscando cobijo entre los hierros. Los trenes, sin embargo, estaban vacíos. Puertas cerradas, «con lo fácil que habría sido entrar», pensó Rafael. Pero nadie se había atrevido a romper las ventanas.

Se sentó en el suelo.

—La noche va a ser larga —dijo un hombre que se encontraba a su derecha.

Rafael lo miró de reojo. Aunque iba vestido de paisano, llevaba en la cabeza la gorra roja y negra de los milicianos anarquistas.

—Sí, va a ser larga —respondió Rafael. Cada palabra era un suplicio para sus labios desconchados por el frío.

—Pero ya está. Cuando amanezca, unos pocos kilómetros más montaña arriba, y se habrá acabado todo.

Rafael no entendía qué es lo que se iba a acabar. Llevaba ya tres años sin entenderlo.

—No sé —respondió, cerró los ojos y se acurrucó en el suelo. No podía hablar. Las palabras se apelotonaban en su cabeza, pero no encontraba fuerzas para obligarlas a salir por la boca. Se quedó dormido.

Cuando despertó, el anarquista ya no estaba junto a él. En su lugar había un niño pálido de ojos grandes. Sintió como si alguien le hubiera colocado ante un espejo que reflejara su pasado, como si ese

niño, que debía de tener doce o trece años, no fuera más que una imagen de sí mismo antes de la guerra. Con sus pantalones demasiado cortos y su chaqueta demasiado grande, y con una pelusilla oscura sobre el labio superior, ese era un niño a medio camino entre querer ser un hombre y no poder serlo todavía. El niño tenía la vista fija en una mujer que lloraba delante de ellos, apoyada en un tren. La mujer sollozaba sobre una niña que arrullaba entre los brazos. El llanto era tan frágil que parecía estar a punto de extinguirse.

—Está muerta —dijo el niño mirando a Rafael—. Es mi hermana. Por fin está muerta. Se tendría que haber muerto antes, así no habríamos tenido que cargar con ella desde Barcelona.

Rafael miró a la madre. La mujer había dejado de hacer ruido, ya solo se balanceaba como un tentetie-so apretando el cuerpo de la niña contra su estómago, como si quisiera volver a meterla en su seno.

—Antonio, vete a buscar un cura —le dijo la mujer al niño. Pero el chaval no se movía, miraba el cuerpo de su hermana, se petaba los nudillos; miraba a su madre, volvía a petarse los nudillos, pero no se movía, no decía nada.

Rafael se levantó y se acercó a la mujer.

—Quiero un cura —le dijo ella—. Quiero enterrar a mi niña y que un cura rece por ella. Encuéntreme usted uno, por favor se lo pido.

Rafael asintió con la cabeza.

—Ahora le traigo uno —dijo—. Se lo prometo.

La última vez que Rafael había hecho una promesa, su madre le había dado un beso en la frente y le había metido una medalla de la Virgen en el bolsillo. «Que tu padre no la vea —le dijo—, o se enfadará». Y le había hecho prometer que no moriría en la guerra. Y que volvería. Y que la ayudaría con los cerdos. La guerra había acabado y seguía vivo. Aunque ya no tenía dónde regresar, ni cerdos a los que cuidar, ni madre a la que consolar. Así que no estaba seguro de haber cumplido.

Echó a andar a pesar de las piernas entumecidas. Recorrió el andén buscando un cura. Pero ya no sabía si los curas seguían estando en este mundo, o si eran capaces de hablar en algo que no fuera latín. Porque al cura de su pueblo, del que ya no recordaba ni su nombre ni su cara, lo habían matado tres días después del alzamiento, y antes de estar muerto solo decía misa en latín y de espaldas, y bebía vino con los ricos del pueblo mientras se comía las gallinas de los pobres. Al final del andén, en la zona que quedaba desprotegida sin marquesina y a la intemperie, Rafael vio al anarquista que había intentado mantener una conversación con él antes de que se quedara dormido. Fumaba un cigarro encima del que caían copos de nieve sucia; los mismos que aclaraban el negro y el rojo de su gorro de anarquista. Se acercó a él.

—Necesito un cura —le dijo Rafael.

—Los soldados de la República no necesitan curas —dijo el anarquista sin moverse siquiera, con la mirada escurriéndose entre la nieve.

—Acaba de morirse una niña, y su madre me ha pedido que encuentre un cura.

—Supersticiones de viejas.

Recordó que eso mismo, mismas palabras, mismo desprecio, solía decir su padre cuando su madre se iba a misa los domingos.

El anarquista descapulló el cigarrillo y se lo metió en el bolsillo.

Rafael se fue. Recorrió de nuevo los andenes, escrutando unos rostros que se le iban amontonando en la retina. Todas aquellas caras quemadas por el frío se le antojaron intercambiables. Todos olían ya a muerto. Podían morirse o seguir malviviendo, le daba igual, pero quería encontrar un maldito cura y poder cumplir al menos una de sus promesas.

Desesperado, gritó:

—¡Me cago en Dios!, ¿es que no hay un cura aquí?

Su grito apenas atrajo algunas miradas que parecieron sobrevolar, furtivas, sobre su cabeza.

Alguien le agarró el codo por detrás.

—Ven —le dijo el anarquista—, aquí no vas a encontrar a tu cura.

Salieron de la estación. Había dejado de nevar y el cielo volvía a tener la profundidad de las noches despejadas. Miró hacia las estrellas: el frío le quemó los ojos.

—Si en este pueblo de mierda hay un cura, tú y yo lo vamos a encontrar —le dijo el hombre.

Rafael siguió al anarquista por las calles desiertas del pueblo. Llamaron a todas las casas que seguían en pie, aporrearon todas las puertas que no habían sido derribadas, pero nadie les abrió.

—¿Qué coño quieres, zagal?

Al grito de su compañero, Rafael se dio cuenta de que el niño Antonio, el hermano de la niña muerta, los estaba siguiendo.

—Nada —respondió el muchacho.

—Es el hijo de la mujer que me mandó a buscar un cura.

El anarquista miró al niño, que temblaba tanto que su cuerpo parecía hecho de papel.

—Anda, ven aquí con nosotros o acabarás tropezándote con los cascotes —le dijo el anarquista.

Los tres recorrieron una calle donde todas las casas estaban en ruinas. Al final, un edificio gris y achaparrado, con grandes ventanas y persianas verdes, rodeado de parterres sin cultivar y rosales secos. ESCOLA, escrito sobre la puerta principal. Una casita blanca quedaba escondida junto a la escuela.

Escola. A Antonio la palabra le llenó la cabeza de imágenes, de postales de una guerra que, a ratos, también había sido feliz. Cuando Madrid fue sitiada por primera vez su padre se había marchado volun-

tario al frente, y a él y a su hermana los habían enviado en un tren repleto de niños a un caserón enorme junto al mar. Aquella fue la primera colonia escolar donde estuvo. Profesoras jóvenes y con pantalones, voluntariosas y listas como ratones, les enseñaron geometría y les daban naranjas con miel para merendar. Después, jugaban descalzos a la pelota en la playa. La primera vez que Antonio pisó la arena descalzo creyó que se le estaban durmiendo las plantas de los pies.

Pero el caserón fue convertido en hospital y los mandaron a otra casa, una más grande, sobre un cerro pelado y ventoso, desde donde también se veía el mar. Las profesoras, que se habían quedado en la otra casona para hacer de enfermeras, fueron sustituidas por un profesor joven y manco que les enseñaba francés, «la lengua de la libertad», les decía en cada clase ese profesor mientras les leía novelas de Victor Hugo. Allí escribieron una obra de teatro que no pudieron representar porque la casa fue requisada por el Ejército.

En la tercera colonia escolar, ya en Barcelona, muchos profesores viejos y melancólicos les enseñaron cosas de historia, y también catalán —que a Antonio le pareció que era como el francés, pero hablado con la boca más abierta—; y los llevaron a visitar edificios de fachadas sinuosas que a Antonio le parecieron ensoñaciones. Pero aquella escuela fue bombardeada con los profesores melancólicos dentro, y él

y su hermana tuvieron entonces que refugiarse en casa de una prima lejana que ellos no conocían. No volvieron al colegio. Aunque no les hizo falta para aprender a calcular la distancia a la que caía una bomba según la intensidad del estruendo, ni para memorizar el plano de la ciudad según la geografía de los refugios antiaéreos, ni para conocer el precio de las lentejas cuando había que alimentar a dos mocosos que no eran tuyos, como decía siempre aquella prima lejana.

Un día, en verano, apareció su madre. El pelo blanco y las carnes magras hablaban de otra mujer, pero el timbre de la voz, aunque arrugado, corroboraba que era ella. El padre había muerto. Antonio no pudo llorar, como tampoco podía llorar aquella noche la muerte de su hermana.

Una mujer les abrió la puerta de aquella *escola* de Portbou. Menuda y vieja, con un moño amarillento y los lóbulos de las orejas descolgados, como los de su abuela, que también estaba muerta y a la que tampoco había podido llorar. No dijo nada. Su cabeza oscilaba ligeramente, como si dijera que no, aunque, lo más seguro, pensó Antonio, era que la mujer no quisiera decir nada. Un hombre, también viejo, pero con la cabeza bien firme, apareció detrás de ella.

—¿Qué queréis? —preguntó, mirando al soldado joven, el mismo al que su madre había pedido que le encontrara un cura.

—Un cura —respondió el soldado.

—En este pueblo no hay curas —dijo mirando al otro hombre, que era más alto y más viejo que el soldado joven, y también parecía más decidido—. Al último os lo cargasteis vosotros en julio del treinta y seis.

—Yo no he matado a ningún cura —le respondió aquel hombre.

—Tú quizás no, pero los tuyos sí —dijo el viejo, señalando con la barbilla el gorro rojo y negro que el hombre llevaba en la cabeza y que Antonio sabía que era el distintivo de los anarquistas, aunque todavía no hubiera sido capaz de entender qué diferencia había entre un anarquista, un socialista y un comunista. Todos habían luchado contra Franco, y también habían luchado entre sí: y ahora todos habían perdido la misma guerra.

Hubo un silencio que Antonio no supo cómo interpretar. Nunca lo sabía. A veces, el silencio era el preludio de una bomba; otras, el final de los gritos. En ocasiones, el silencio solo era silencio, y podía deleitarse en él y pensar en el futuro.

—Por favor, ha muerto una niña en la estación y su madre quiere que un cura rece por ella —dijo el soldado joven, que se había quitado la gorra cuando la señora abrió la puerta.

—Aquí no hay curas, ya os lo he dicho —respondió el viejo que, a aquellas alturas de la conversación, parecía más cansado que molesto.

—Pero tienes las llaves de la cancela del cementerio —le dijo la mujer—. Podríamos llevarla allí. Qui-

zás esa pobre madre sienta algo más de consuelo en un camposanto.

El viejo miró a la mujer. Detuvo su mirada en los ojos de la anciana y sonrió, como si detrás de aquella vieja temblorosa se escondiera una princesa como las de los cuentos.

—Está bien —dijo el hombre—, los acompañaré. Pero tú no vienes, te quedas aquí en casa, que hace demasiado frío.

Se puso un abrigo, que debía de estar colgado junto a la entrada, ya que solo tuvo que alargar un brazo para cogerlo, y cerró la puerta.

—Mi mujer está muy enferma, casi muerta. Yo estoy sano, pero casi muerto también, porque a la que los nacionales entren en el pueblo y se enteren de que soy socialista, con suerte, me fusilarán. Solo espero que mi mujer haya muerto antes de que lleguen.

—Le diría que no se atreverán a fusilar a un anciano, pero cosas peores los he visto hacer. Vénganse a Francia, nosotros los ayudaremos a atravesar la frontera —dijo el hombre del gorro anarquista.

—Para ser anarquista, parece usted un buen hombre —dijo el anciano.

—Hoy no me he comido todavía a ningún niño ni he violado a ninguna monja —dijo el hombre, casi sonriendo—. Por cierto, soy Francisco.

—Muy bien, hijo, a mí me llaman don Miguel, pero quíteme el don si quiere, de poco me ha servi-

do. Y usted, ¿cómo se llama? —le preguntó el anciano al soldado joven.

—Rafael —dijo el soldado sin casi abrir la boca.

—¿Qué le ha pasado en la mano?

—He perdido un dedo.

—Pues es usted un descuidado, entonces —dijo el anciano, y se echó a andar calle arriba.

Llegaron a la estación. La madre de Antonio tenía la nariz hundida en el pelo de su hija muerta, aspiraba el olor de su cabeza como si fuera el de un ramo de flores recién cortadas.

—¿Es usted el señor cura? —preguntó la mujer cuando vio llegar al viejo profesor.

—No, señora —dijo el hombre, poniéndose en cuclillas de forma trabajosa junto a ella y tocándole el brazo—. En este pueblo no hay cura. Pero tenemos un camposanto. La llevaremos allí, podrá rezar por ella y después la enterraremos.

El soldado joven, el que había dicho que se llamaba Rafael, cogió a la niña en brazos. Antonio miró las manos sucias de su hermana muerta y se echó a llorar.

Amanecía un sol de latón oxidado envuelto en nubes opacas, hinchidas de nieve sucia. Francisco se sintió a merced de ese cielo, del mismo color metálico del mar, que en ese momento le pareció una cuchilla gigantesca capaz de cortarles a todos el pescuezo.

El soldado, que horas antes había dicho llamarse Rafael, parecía haberse quedado dormido en cuclillas, agarrado a la pala con la que habían ido cavando por turnos el hoyo en el que iban a enterrar a la niña muerta. El cuerpo de la chiquilla yacía aún encima de la tierra removida del cementerio, envuelto en una manta que el profesor había traído de su casa.

—Qué solita se va a quedar aquí mi niña —dijo la madre mirando a su alrededor las lápidas de los desconocidos. La mujer ya no lloraba, pero el llanto le había dejado los ojos ribeteados por unos párpados hinchados y sin pestañas.

—No se preocupe, señora, que mi mujer y yo no tardaremos en venir a hacerle compañía a su hija —le dijo el viejo profesor. A Francisco le pareció que, visto de perfil, el hombre era como un signo de interrogación: con la espalda encorvada dibujando una semicircunferencia sobre las piernas enclenques.

El niño Antonio se había sentado sobre una lápida sucia, lejos de su madre y del cuerpo de su hermana. Metía un dedo en un agujero de la suela de su zapato y lo volvía a sacar, para después introducir guijarros puntiagudos, cada vez más grandes, que allí se quedaban, entre su pie y la suela del zapato.

—Ahora, señora, vamos a dejar que su hija descanse tranquila. Estos dos buenos mozos la depositarán con cuidado y la cubrirán de tierra, para que nadie pueda molestarla, y mañana yo vendré a clavar

una cruz. Cuando vuelva el cura, si es que vuelve, le pediré que eche agua bendita sobre su tumba —dijo el profesor cogiendo a la mujer por los hombros.

—Pero es que es muy pequeña para quedarse aquí sola, este cementerio está muy lejos del pueblo.

El soldado se incorporó, agarrándose a la azada con las dos manos. Francisco se dio cuenta de que le sangraba el muñón del dedo.

—Señora —dijo Francisco acercándose a la mujer—, su hija está muerta, y lo único que se puede hacer por ella es darle sepultura. Al que todavía no le ha pasado nada es a su hijo. —Y Francisco señaló con la cabeza al niño Antonio, que seguía hurgando en el agujero del zapato—. Pero si no se lo lleva de aquí y cruza con él la frontera, es posible que acabe en el mismo sitio que su hermana.

El soldado Rafael cogió la manta y depositó el bulto en el hoyo, y él mismo la cubrió de tierra sin pedirle ayuda a Francisco, que se preguntó cuántos niños muertos tenía uno que echarse a las espaldas para dejar de sentir náuseas.

—La deja usted en un lugar bonito, frente al mar y con vistas a Francia —dijo Francisco, pensando en aquella tumba del cementerio de Montjuïc, también con vistas al mar. Aunque Francisco sabía que ni su mujer, ni su hijo, ni ahora la niña a la que acababan de enterrar tenían ya ojos con los que mirar.

—Francia no se ve desde aquí— le replicó el profesor.

—Pero uno se la imagina y con eso ya es feliz —dijo Francisco sin creerse sus palabras, mirando hacia las montañas peladas sobre las que iba cayendo la nieve.

Acompañaron al profesor a su casa y se despidieron de él y de su mujer, que les dio pan y queso y los bendijo con la voz entrecortada. Francisco no pudo evitar verlos ya cadáver. Con suerte, y si los nacionales no se enteraban de su pasado republicano y los tiraban a una fosa común, podrían acabar juntos y en una tumba con sus nombres, al lado de la niña muerta.

El niño Antonio y su madre regresaron a la estación. La madre se iba encogiendo a cada paso, como si la tierra que se había quedado a su hija quisiera engullirla a ella también. El niño Antonio cojeaba: Francisco se preguntó si aún tendría el zapato lleno de gujarros, y a punto estuvo de gritarle que se cuidara los pies, que algún día los necesitaría para escapar.

Francisco y Rafael, el soldado joven —«no Rafa, Rafael —le había dicho—, al menos, que no me amputen también el nombre»— iniciaron su camino sin despedirse de ellos. Desde el pueblo, a Francisco la carretera se le antojó como la larga tripa retorcida de un cerdo tras la matanza. Centenares de personas huían montaña arriba, a pie, arrastrando los unos de los otros. Las cunetas eran cementerios de coches que se habían quedado sin combusti-

ble, de maletas vacías, de cuberterías de plata, de figuritas de porcelana rotas y platos en los que no se volvería a servir la sopa. Sentada en la cuneta, una anciana menuda y vestida de luto, como un punto negro sobre la nieve, se agarraba a una enorme sartén cuyo perímetro le doblaba la envergadura. Junto a ella, otra mujer más joven que, llorando, le decía:

—Madre, por Dios, deje usted la sartén, que pesa mucho, ya compraremos otra en Francia.

—Ni hablar —replicó la mujer con un hebra de voz que contrastaba con la firmeza de sus palabras—. Aquí hacía las migas mi madre, y aquí las harás tú cuando yo me muera, sea en Francia o donde tenga que ser. Y si me muero aquí mismo, a mí me dejas ahí, entre los matojos, pero la sartén te la llevas a Francia, que al menos ella no haya hecho el viaje desde Granada en balde.